

Constantino Cabal  
La odisea de Blasco Ibáñez  
(*Diario de la Marina*, 10-8-1915)

Se debe relatar esta odisea, por el interés que tiene y por la lección que entraña. Por su interés, resulta tan curiosa como la de Zalacaín el aventurero. Por su lección, resulta tan moral como el saludo de los frailes trapenses, que es de lo más moral que se conoce:

—Morir habemos...

Don Vicente Blasco Ibáñez debe pensar estas cosas. Ayer, maravilla fue; hoy, ni siquiera es sombra de sí mismo. Los hombres, pobrecicos de nosotros somos todos flaqueza y debilidad; y cuando parecemos más valientes, más altos, más encendidos, llega una sola lengüecita de aire, y nos apaga como llama de candil. Esto lo dice el pueblo en un refrán: «donde pensamos que hay tocinos, no hay más que estacas».

Con esto de las estacas, entramos de lleno en el tema de la odisea del señor Blasco Ibáñez.

El caso fue que el señor Blasco Ibáñez vino a España. Los periodistas corrieron «a su encuentro» para que les dijera sus propósitos.

—Yo no traigo más propósitos que los de visitar a mi familia.

¿Era verdad? ¿No era verdad? He aquí el problema. Lo indudable es que el señor Blasco Ibáñez tiene familia en España. En España, todo el mundo tiene una familia, aunque sea un tío en Alcalá. Además, no había motivo para dudar de las manifestaciones del señor Blasco Ibáñez. Lo único que podía discutirse era el alcance que daba a la palabra «familia», porque no debe olvidarse que en España todos somos hijos de Adán, y por consiguiente, todos somos hermanos.

Ello fue que el señor Blasco Ibáñez, quiso visitar a sus hermanos en Adán de Barcelona. Parece que sus amigos se lo aconsejaban insistentemente:

—¡Vamos, Don Vicente, ánimo...! ¡A ver si establece allí otra colonia como la de la Argentina!

Había una razón suprema, que justificaba el viaje del señor Blasco Ibáñez: don Alejandro Lerroux está de malas. Desde que comenzó a coleccionar automóviles, mientras todos los *chauffeurs* le sonrían, todos los radicales le critican. Además, don Alejandro se está llevando a Francia todos los granos. Y los radicales gruñen, porque ya no les queda más que paja. Así, don Alejandro corre peligro de perder el cetro de la monarquía radical. Y se dijo que don Vicente Blasco Ibáñez, que tiene vocación de domador,

aspiraba a suceder al rey de los automóviles, de las botellas de champagne y de los jóvenes bárbaros...

¿Fue por esto Don Vicente a Barcelona? ¿No fue por esto? He aquí el problema...

Lo que hoy no puede discutirse, porque fue un hecho, que pasará a la historia universal, es que don Vicente hizo el viaje; es que en los alrededores del muelle se encontró con toda la guardia civil de caballería, con todo el cuerpo de seguridad, de infantería y caballería, y con toda la brigada de investigación criminal: y es que lo primero que vieron sus ojos en el muelle, fue una barca con un gran cartel que decía así:

—¡Viva la neutralidad! ¡Abajo los traidores...!

En seguida empezó la serenata: un estrépito horrendo, interminable, abrumador, sostenido, de pitos y de silbidos. Cuando avanzó en su automóvil, vio que llevaba detrás una sección de la Guardia Civil de caballería. Cuando levantó los ojos, vio que la población estaba llena de letreros como el de la barca:

—¡Viva la neutralidad! ¡Abajo los traidores!

Y luego, frente al Gobierno, se encontró con otra silba descomunal, monumental, inmensa. Sus amigos iniciaron algunos aplausos. Y cuando los quisieron continuar en la plaza de las Ollas, el señor Blasco Ibáñez pasó por el dolor de ver que las estacas y las manos de los que le silbaban implacablemente, caían sobre las cabezas y las caras de sus amigos y hermanos en Adán. Y tanto debieron padecer en este trance, y tanto debieron correr después de él, que el señor Blasco Ibáñez lo comentó de este modo:

—Los jaimistas no son muchos en Barcelona, pero por lo menos, se les tiene miedo.

El único que permaneció impasible, mientras las esferas se derrumbaban; el único que siguió inalterable mientras el orbe se deshacía en pedazos fue él; don Vicente, él. También lo manifestó así, después de la epopeya:

—Yo no tomé «otra» precaución que la de montar el revólver.

Otro cualquiera que no fuera él, hubiera considerado insuficiente la sección de Guardia Civil de caballería que seguía su automóvil, y hubiera mandado llamar un cuerpo de ejército. Otro cualquiera que no fuera él, en vez de limitarse a montar su revólver, hubiera pedido una armadura, una trinchera, y un cañón del 42.

El señor Blasco Ibáñez ha salido de Barcelona para París. Y ha confesado a los periodistas que le entrevistaron:

—Si yo hubiera sabido lo que me esperaba, nunca hubiera venido a Barcelona.

En esta frase palpita una amargura profunda. Nosotros la leemos con tristeza. Es el destino de todos los grandes hombres, que están en todos sus actos sobre el nivel de las multitudes. Nosotros conocimos uno, que transido de dolor, con hosca melancolía y dudando ante las injusticias de las gentes de la verdad de su grandeza, condensaba sus sufrimientos en esta frase:

—Yo no sé si soy un genio o si soy un burro: lo que sé, es que no se me comprende...

Así le ocurre al señor Blasco Ibáñez: predica la intervención de España en la guerra, con los ojos aguilinos clavados en el porvenir, y se le llama traidor. Así le ocurre al señor Lerroux: combate la neutralidad como contraria a la grandeza de España, y se le llama contrabandista.

El señor Blasco Ibáñez... El señor Lerroux... Dos víctimas; dos crucificados. El Calvario de los intervencionistas ya está casi completo...

Solo falta el Cristo.